

El astronauta del barrio y otros oficios

Silvia Schujer

Ilustraciones de Perica





www.loqueleo.santillana.com

© 2011, SILVIA SCHUJER

© 2011, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4689-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: PERICA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Schujer, Silvia Graciela

El astronauta del barrio, y otros oficios / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por Perica. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

40 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4689-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Perica, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

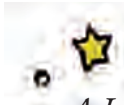
El astronauta del barrio y otros oficios

Silvia Schujer

Ilustraciones de Perica



loqueleo



A Iara, que inventó mi nuevo oficio.

Antonio Pirulero

Antonio Pirulero gobernaba Villa Pirulo. Y lo hacía pirulina-mente bien, según parece, ya que los piruleños se veían conformes.

Una mañana –sin embargo– Antonio Pirulero se despertó más pirulo que de costumbre y exigió a los habitantes de la Villa que durante todo ese día abandonaran sus trabajos habituales y se dedicaran a otra cosa. ¡¿A otra cosa?! ¿Y a qué cosa? ¡Ah! Eso no lo dijo. Tan solo ordenó que, por un día, cambiaran de oficio.



—¿Y yo qué voy a ser? —se preguntaba una maestra—. ¿Bailarina? ¿Carpintera?

—¿Y yo? —se lamentaba un cartero.

—¿Y yo? ¿Y yo? ¿Y yo? —se quejaban las abogadas, los cocineros, las empleadas de los bancos y los paseadores de perros—. ¿Qué podemos hacer que no sea lo de siempre?

Sin duda aquel día empezó muy mal para casi todos los habitantes de Villa Pirulo. Pero como nadie quería desobedecer a Pirulero porque era un buen gobernante, todas las personas decidieron cumplir con la orden y cambiar de trabajo.



Así fue como durante esa jornada:

1) el mejor plomero de la Villa se fue a donde ensayaba la orquesta y se sentó a tocar el violín. ¿Bien? ¿Mal? Simplemente como le salió;

2) la más temible dentista se puso un traje de azafata y se subió a un avión. ¿Y voló? ¿Hubo un piloto que manejara? Así parece, porque nadie se quejó del viaje;

3) un arquitecto se fue a una tintorería y planchó sacos y pantalones hasta que le dolieron los brazos. ¿Y quedaron lisitos? No, más fuertes (los brazos, digo; los trajes no sé).



La cuestión es que, ese día en Villa Pirulo, toda la gente cambió de oficio y a nadie pareció hacerle mal. Más aún, algunos descubrieron que podían hacer cosas de las que nunca se habían creído capaces.

El ejemplo más claro fue el del propio gobernante. Para cumplir él también con su orden, ese día decidió ser escritor. ¿Y saben lo que escribió?

Sí. Escribió este cuento entero: el de Antonio Pirulero.



La galera del dentista

Tito Molares era el dentista del barrio; un vecino al que nadie quería. O mejor dicho: al que nadie quería visitar.

Y es que uno llegaba a su consultorio y no solo tenía que abrir la boca como una palangana, sino, además, soportar que le metiera aparatos raros entre los dientes. Sopletes, cucharones, pinzas, taladros. En fin.

Para entonces, la imagen que todos tenían del dentista era la de un ogro. Quizá por eso, cuando alguno en la escuela se portaba mal, en vez de ponerlo en penitencia, lo amenazaban con mandarlo a lo de Tito.

Por supuesto, ninguno quería que se le cayera un diente. Y mucho menos reírse demasiado: a ver si todavía le descubrían una caries.



¡Pobre Molares! Al hombre le dolía muchísimo lo que pensaban de él. Estaba harto de que lo vieran como un monstruo, así que un buen día decidió cambiar. Se tomó unas vacaciones, se puso a estudiar magia, se recibió de mago, practicó a solas sus trucos y, una vez que se sintió seguro, volvió a abrir su consultorio.

Cuando entró el primer paciente, se quedó estupefacto. La boca se le abrió sola de la sorpresa. Y es que, en vez de recibirlo con su habitual delantal blanco, Tito apareció vestido con una capa negra y un pantalón rojo brillante.



Y eso no fue todo: para curarlo, le introdujo una pinza en la boca, dijo unas palabras mágicas y, al instante, además de una muela, le extrajo una perinola.

Desde ese día, cada vez que el doctor Molares mete algún instrumento en la boca de un paciente, lo saca con un regalito (al instrumento, no al paciente). Y ese regalito puede ser un dado, un caramelo, un boleto para entrar gratis al cine o quién sabe qué.



Desde entonces, además, la gente va al dentista mucho más seguido. Y deja que Tito les revise tranquilo los dientes. Todos se aguantan mejor las molestias —y hasta las olvidan—, porque mientras el doctor para curarlos usa el soplete, el taladro o alguna pinza, tanto unos como otros tratan de adivinar qué sorpresa les saldrá de la boca.

Y así están las cosas ahora. Con los vecinos sonrientes y su dentista también. Nunca falta algún desubicado que trate de averiguar cómo Tito hace lo que hace. Pero eso nunca podrá descubrirse porque, como es sabido, los trucos de un mago son siempre secretos.



Peluquería de campo

Malena era peluquera de alma. Nada le gustaba más en la vida que lavar cabezas con jabones espumosos y perfumados, inventar cortes de pelo que dejaran a las personas con ganas de mirarse al espejo, teñir melenas de todos los colores y peinar desde novias hasta plumeros.

Malena trabajaba en una gran peluquería hasta que una vez se enamoró locamente y se fue a vivir con el novio. El novio de Malena se llamaba Pelusa y era campesino. Había construido una casita lejos de la ciudad, de modo que allí se mudó la pareja.



Al principio Malena y Pelusa estaban lo más bien: criaban animales, plantaban árboles y sembraban verduras. Con eso les alcanzaba para ser felices. Pero pasado algún tiempo, Malena empezó a enojarse por cualquier cosa, y después de pensarlo bastante, descubrió que extrañaba su trabajo.

Qué hacer, se preguntaba Malena. A Pelusa lo adoraba, así que no lo iba a dejar por nada del mundo. Pero qué hacer, se volvía a preguntar enrulándose el flequillo. Y mientras buscaba una respuesta, caminaba entre los árboles, respiraba el olor del pasto y saludaba a las vacas.



Fue una tarde, durante una de esas caminatas, que Malena se sentó a descansar bajo un sauce llorón y empezó a jugar con sus hojas. Con una tijera que llevaba en el bolsillo, le cortó las ramas sueltas y le desanudó algunas mechas. Reflejado en el arroyo, esa tarde el sauce se vio tan hermoso que casi dejó de llorar.

Al día siguiente, y también de caminata, Malena trenzó la cola de un caballo y le hizo bucles a otra. Más tarde y a pedido, planchó la lana de una oveja que soñaba con el pelo lacio.

Cada vez más entusiasmada, fabricó tinturas vegetales y tiñó las plumas de unas gallinas que, por unas horas, se sintieron pavos reales.



La cuestión es que, en poco tiempo, Malena había vuelto a ser la de siempre: una artista peluquera capaz de mejorarle la cara hasta a un búho. A partir de entonces, no pasó un solo día sin que tuviera trabajo. No hubo pasto mejor cortado que el de esos campos; en algunas zonas –incluso– aprendió a hacerle *brushing*.

¿Y volvió a ser feliz? Sí, muy. Porque cuando en los alrededores se enteraron de sus proezas, empezaron a visitarla todo tipo de clientes: el más reciente fue un chivo, para que le afeitara la barba.

